

de Antoine de Saint Exupery

No es este libro, como su título parece indicar, un libro más o menos terrible, más o menos heroico, compendio de hazañas guerreras, es simplemente el impacto y el efecto de la guerra en su sentido más amplio, en el corazón y en la mente de un hombre.

El protagonista, el hombre que acusa en sí mismo todos los absurdos todas las paradojas que entraña la palabra guerra, es el propio autor; y, en primera persona, nos relata cuando le sucede, cuánto siente, inmerso en un clima de desorientación y angustia; preguntándose, dudando, sufriendo la verdad desconocida que, finalmente, le dará su propia paz, pese al fragor de la guerra.

Saint Exupery fué realmente piloto de guerra, y su profesión le servirá para escalar la más maravillosa de las montañas, con su cúspide en pleno cielo.

Asciende el piloto, para cumplir una misión de reconocimiento, informativa, lastrado por un bagaje de desánimos, incompreensión y censura. Sin un motivo que llene, que justifique, que explique su probable muerte. Porque la misión es peligrosa, desesperada. Se trata, en plena guerra, en pleno desastre de Francia, durante la campaña de 1.939-40, de volar sobre territorio ocupado por los alemanes y tomar datos de las posiciones de las defensas enemigas, para comunicarlo al alto mando francés. Por aquel entonces, desmembrado, vencido; inexistente.

Un desastre tras otro, una pérdida tras otra, ininterrumpidos abandonos, evacuaciones de fortalezas y ciudades, han sumido a los franceses en una atmósfera de cansancio, de enojo, de incoherencia y, sobre todo, de futilidad. Sí, de una manera especial les atenaza esa sensación de futilidad de sacrificio inútil.

Nuestro piloto no se libra de la ponzoña del desaliento general. No obstante, se apresta a cumplir su misión. Obediencia. Pero su estado de ánimo es como el del cristiano al que hubiese abandonado la gracia. Cumple quizás, por espíritu innato de disciplina, pero vacío, impotente para superar su desolación, la idea de la inutilidad de toda plegaria, de todo acato, de toda rebelión. Salva un rito pero vacío ya de contenido. Vacío de todo, menos del esfuerzo que supone arrastrar la propia vacuidad. Y nunca un esfuerzo quedó sin premio.

En la cima de toda montaña se desmorona el infierno. Los picachos rozan el cielo. El aire se torna transparente. La idealidad cobra pujanza.

Saint Exupery nos describe esta ascensión paso a paso. Con él nos encierra en el amplio capullo de la atmósfera, donde tendrá lugar su metamorfosis.

No ya un hombre, sino un simple cuerpo, con un miedo elemental, ante un dolor que presiente, ante la muerte apostada en su camino sube al avión. Se defiende de su miedo, y quizás también de una manera instintiva, erigiéndose en fiscal, contra todo. Nada se salva bajo su sentencia. Refunfuñando, comprueba junto con sus dos compañeros de vuelo, cada uno ya en su respectivo puesto, los linguafonos para comunicarse entre sí. Todo en regla. Empiezan a zumbiar los motores. Despega.

Su estado de ánimo cambia. Primero es una sensación de seriedad. La atención que le exigen las propias maniobras del vuelo, el cuidado de vigilar los ciento tres aparatos distintos de registro y control, dan a sus sentidos y a cada uno de sus músculos una rara seguridad. Y, ya sin temores, su pensamiento se va ordenando. Puede, de nuevo pensar, y piensa muchas cosas. Recuerda su infancia, su pueblo, y en sus recuerdos hay amor. Y porque el amor penetró nuevamente en su alma, olvida intransigencias de fiscal. Aunque no entienda el presente, ya no le es tan odioso.

El avión va ganando altura. Antoine se comunica con sus compañeros. Las voces le suenan cálidas, amigas, aunque le digan simplemente que están cruzando la línea de peligro. Y más amigas, más próximas le suenan después de haber conseguido librarse de seis cazas enemigos. Se sintió responsable de la vida de ellos; no pensó en la suya. Su yo perdió categoría. Ni tan siquiera se considera una unidad. Minúscula parte del gran pájaro metálico, un tercio de su dotación. Amor... prójimo... humildad. Nuestro piloto ya no es el mismo. Conduce sereno su avión.

Cuando le avisan que es preciso que se acerque más a tierra, para facilitar la toma de fotografías, ya no se turba su ánimo. Desciende rápido, a ochocientos kilómetros hora y a tres mil quinientas treinta revoluciones por

minuto, hacia una base alemana. Se lanza seguro ya de saber por qué lo hace. No para proveerse de unos informes que nadie leerá, únicamente para recordar al enemigo que existe aún oposición, moral, fe. Su parte en la acción es ésta: dar fe de una moral. Y acepta la muerte. «No es el riesgo lo que yo acepto. No es el combate. Es la muerte. He llegado a una gran verdad. La guerra no es la aceptación del riesgo. No es la aceptación del combate. Es, en un determinado momento, para todo soldado, la aceptación pura y simple de la muerte.»

Desde tierra las defensas antiaéreas disparan. Centenares de balas están buscando un avión en el aire. Piloto de guerra es hábil. Zigzaguea con el avión y burla el ataque. Cumplida la misión, procura ganar altura de nuevo.

Un mar de nubes les separa de tierra. Se han hecho invisibles. Están en lo más alto. El sol es deslumbrante. El cielo, próximo. Las verdades se desnudan.

El camino de regreso es más ir que volver. Antoine va hacia sí mismo de la mano de una nueva luz. El amor que sintió hacia sus compañeros, se va haciendo cada vez más amplio. Alcanza al grupo de aviación a que pertenece. engloba a Francia. Soy de ellos, —piensa—, pero soy también de los muertos; de todos aquellos a quienes di algo. «Solamente a quien doy me siento atado».

Atadura, nudo. Y busca un lazo común, para llamar a todos los hombres hermanos. «Los hombres son hermanos en Dios.» «Y mi civilización heredera de Dios, ha hecho a los hombres hermanos en el Hombre».

Su amor ya no puede ser más amplio. Las Naciones han perdido, para él, sus nombres. No importan. Lo importante es la Humanidad. Es ella la que está en peligro. Para salvarla, hay que defender el Hombre de los hombres. Antoine está seguro. Y por su nueva causa, común y amplia, volverá a volar, a luchar, a aceptar la muerte.

«Yo lucharé por el Hombre. Contra sus enemigos. Pero también lucharé contra mí mismo.»

A mi entender, «Piloto de guerra» es una magnífica obra literaria, tan bellamente escrita como humana.

L. d'Antraitx